

El espejo roto y la memoria del maíz. México ante el extractivismo y la raíz mesoamericana como horizonte de humanidad.

Por Luis Eugenio Parés Sevilla.

A los pueblos no se les domina solamente con ejércitos. También se les domina cuando se les enseña a mirar su propia historia con vergüenza. La conquista más profunda no ocurre únicamente cuando se pierde una tierra, sino cuando se pierde la confianza en la propia memoria. Entonces una nación comienza a verse con ojos ajenos, a medir su valor con reglas impuestas y a creer que su destino consiste en parecerse a otro. México ha vivido, durante siglos, esa fractura, la de un espejo roto donde el país ya no se reconoce completo, sino apenas como reflejo subordinado de modelos externos.

El espejo roto y la memoria del maíz: Cómo nos Indujeron a soñar el sueño de otro.

Imagina que tienes un espejo hermoso, tallado con las historias de tus abuelos. Un día, alguien llega, lo rompe y te entrega un pedazo de un espejo ajeno. Te dice: “Este es mejor. Mírate solo en este fragmento”. Con el tiempo, olvidas cómo era tu propio reflejo y empiezas a peinar tu cabello y a vestirte solo para encajar en ese pedazo de vidrio roto. Eso, de una forma muy simple, es la historia de la colonización mental.

Hablemos de cómo Estados Unidos nos indujo esa idea colonial y extractivista, y por qué es vital recordar la grandeza de las culturas mesoamericanas.

La cuchara del colonialismo moderno.

Para entender esto, debemos usar una idea muy simple: “La naturaleza no te da categorías, la mente humana las inventa”. La idea de que la tierra es

un “recurso” y no un ser vivo, y que el tiempo es una línea de “progreso” donde lo nuevo siempre es mejor, es un invento cultural.

Las culturas precolombinas de Mesoamérica, como los Mexicas o los Mayas, tenían un conjunto de categorías mentales distintas. Para ellos, el tiempo era un ciclo, como las estaciones o el latido de un corazón. La tierra no era una cosa que se posee, era una madre o un abuelo con quien se convive. El conocimiento profundo, como las matemáticas, la astronomía o la agricultura, estaba tejido con la espiritualidad y el deber de cuidar al colectivo.

Entonces, ¿cómo metió Estados Unidos su “cuchara” ideológica en la sopa mexicana? No fue solo con guerras, sino con un goteo constante de historias.

La doctrina del “atrás” y “adelante”, en el siglo XIX, las potencias anglosajonas impusieron una historia lineal, las culturas originarias eran el “pasado primitivo”, Europa el “presente civilizado” y Estados Unidos el “futuro brillante”. México, al quedar a mitad del camino, fue catalogado como “subdesarrollado”. Es una trampa mental, te convencen de que tu propia cultura, la que construyó pirámides alineadas con las estrellas, es tu principal lastre para ser “moderno”.

La inyección de la admiración, durante el Porfiriato, la élite mexicana miró a Estados Unidos y Europa como el modelo a copiar. Se introdujo la idea de que el valor de una persona no está en su comunidad, sino en su capacidad individual de acumular bienes. La filosofía del “pionero americano”, el hombre blanco que conquista y extrae, se volvió aspiracional.

La trampa extractivista, Estados Unidos no solo quería el petróleo o los minerales de México; quería convertir al mexicano en un minero de sí mismo. ¿Cómo? Inculcando la idea de que la vida es una competencia feroz por recursos escasos y no una cooperación para la abundancia compartida. Si ves a tu vecino como un competidor, no te unirás a él para cuidar el bosque, el agua o la milpa. Lo divides y extraes mejor.

Al final, nos indujeron a pensar como un conquistador en nuestra propia tierra, buscar la extracción máxima, el beneficio individual inmediato y despreciar el conocimiento ancestral por “mágico” o “inútil”.

La historia moderna de México no puede entenderse sin esa tensión entre despojo y memoria. Desde la colonia, el territorio fue organizado como espacio de extracción, minerales, trabajo, tributos, alimentos, rutas comerciales y cuerpos puestos al servicio de centros de poder lejanos. La riqueza salía, pero el desarrollo no quedaba en los pueblos. Esta lógica no terminó con la independencia política. Cambió de forma.

Con el tiempo, el viejo colonialismo fue sustituido por mecanismos económicos, financieros, culturales y comerciales que siguieron viendo a México como proveedor de materias primas, mano de obra barata, mercado de consumo y zona de influencia.

En el siglo XIX, la expansión de Estados Unidos profundizó esa herida. La idea de que el vecino del norte representaba el futuro, la industria, el progreso y la civilización fue acompañada por guerras, despojos territoriales y doctrinas de superioridad. La pérdida de más de la mitad del territorio mexicano tras la guerra de 1846-1848 no fue solamente una derrota militar, fue también una marca psicológica. Desde entonces, una parte de la élite mexicana comenzó a mirar hacia el norte no sólo con temor, sino también con admiración. Ahí empezó a consolidarse una idea peligrosa, que México debía abandonar su raíz para modernizarse.

Durante el Porfiriato, esa visión se tradujo en ferrocarriles, minas, concesiones, inversión extranjera y una modernización profundamente desigual. Se construyó infraestructura, sí, pero muchas veces al servicio de la extracción y no de la justicia social. El campo, las comunidades indígenas y los trabajadores quedaron subordinados a un modelo donde el progreso se medía por la entrada de capital, no por el bienestar de los pueblos.

Así se instaló una paradoja que todavía persiste, México podía ser rico en recursos y, al mismo tiempo, mantener pobres a quienes vivían sobre esa riqueza.

El neoliberalismo llevó esa lógica a una etapa más sofisticada. Ya no bastaba con extraer petróleo, minerales, agua o productos agrícolas; había que transformar la imaginación social. El mercado fue presentado como árbitro absoluto de la vida. La comunidad fue tratada como atraso.

El Estado social fue debilitado. La tierra y el agua fueron reducidas a mercancía. El campesino fue visto como improductivo. El indígena fue convertido en folclor turístico o en obstáculo para el desarrollo. El éxito dejó de pensarse como bienestar colectivo y empezó a definirse como triunfo individual, consumo, competencia y acumulación.

Así nació el México del espejo roto, un país inducido a desconfiar de sí mismo. Un país donde muchos aprendieron a despreciar el maíz nativo mientras admiraban la comida industrial; a abandonar la milpa para depender del monocultivo; a cambiar el mercado comunitario por la cadena comercial; a sustituir la cooperación por la competencia; a medir la dignidad por la cercanía con lo extranjero. No se trató sólo de economía. Fue una colonización del deseo. Se nos enseñó a soñar el sueño de otro.

Pero debajo de ese espejo roto nunca desapareció la raíz. Los pueblos originarios de Mesoamérica vivos en el México actual conservan una memoria civilizatoria que no pertenece al pasado muerto, sino al futuro posible. Antes de la llegada europea, Mesoamérica ya había desarrollado ciudades, sistemas agrícolas complejos, calendarios, conocimientos astronómicos, medicina tradicional, arquitectura, comercio, organización social y una relación profunda entre naturaleza, comunidad y espiritualidad. No eran sociedades perfectas, porque ninguna civilización lo ha sido; pero sí fueron civilizaciones con inteligencia propia, capaces de crear conocimiento sin depender de Europa ni de Estados Unidos.

La memoria del colibrí y el maíz.

Recuperar la historia no es un acto de nostalgia, es un acto de física nuclear. Las culturas precolombinas no eran perfectas, pero encerraban conocimientos de una sofisticación que hoy nos urgen.

Astronomía y matemáticas con el cuerpo, un astrónomo maya no era un tipo aislado en un observatorio. Su conocimiento del ciclo de Venus (de una precisión asombrosa) estaba conectado a cuándo sembrar, cuándo hacer una ceremonia y cómo organizar la política. El número cero no era solo una abstracción, era un principio filosófico de vacío y potencialidad. Entendían el universo con el cuerpo y la razón juntos.

La milpa como cooperación maestra, este es el ejemplo dorado. La milpa no es un simple cultivo de maíz. Es un sistema inteligentísimo de

cooperación biológica, el maíz crece fuerte y sirve de tutor al frijol; el frijol fija el nitrógeno en la tierra y abraza al maíz; la calabaza cubre el suelo, protege la humedad y evita las malas hierbas. Los tres se nutren mutuamente. Ese es el modelo mental opuesto al extractivismo, no competir para ver quién extrae más, sino cooperar para que todo el sistema prospere. **De este principio se deriva una organización social y valores de apoyo mutuo, trabajo colectivo (tequio) y un sentido de pertenencia a un todo.**

Lo que debemos recuperar es esa epistemología del “nosotros”. La grandeza de Mesoamérica no residía en el oro que los españoles se llevaron, sino en una idea, la civilización es la capacidad de organizarse para que la vida florezca en comunidad, entendiendo que somos parte de un todo mayor, no sus dueños.

El maíz es quizá la mayor prueba de esa grandeza. No es sólo una planta, es una creación cultural, biológica y espiritual. México no domesticó únicamente un cultivo; construyó alrededor de él una forma de vida. La milpa, con su asociación de maíz, frijol, calabaza, chile, quelites y otras especies, expresa una filosofía completa, la vida prospera cuando coopera. El maíz sostiene al frijol; el frijol nutre la tierra; la calabaza protege la humedad; la diversidad defiende al conjunto. Frente al monocultivo extractivista, la milpa enseña equilibrio. Frente a la competencia absoluta, enseña interdependencia. Frente a la economía que agota, enseña regeneración.

Las chinampas ofrecen otra lección decisiva. En lugar de destruir el agua, aprendieron a trabajar con ella. En lugar de imponerle a la naturaleza una máquina productiva, construyeron un sistema agrícola capaz de integrar suelo, canales, lodo fértil, árboles, peces, aves, plantas y trabajo humano. Las chinampas muestran que la tecnología no tiene que ser enemiga de la vida. También demuestran que lo ancestral no significa primitivo, puede ser altamente eficiente, sustentable y adaptable. En tiempos de crisis climática, escasez de agua y degradación de suelos, esa inteligencia agrícola debería ser estudiada no como curiosidad arqueológica, sino como modelo estratégico.

Lo mismo ocurre con el tequio, la faena, la mano vuelta, el trabajo comunal y las formas de ayuda mutua que sobreviven en muchas comunidades. Ahí hay una filosofía política distinta, la persona no existe aislada, sino

vinculada a su pueblo. El trabajo no es sólo salario; también es servicio. La tierra no es sólo propiedad; es responsabilidad. La fiesta no es simple entretenimiento; es cohesión social. La autoridad no debería ser privilegio; debería ser cargo, obligación y rendición de cuentas. Esta visión puede dialogar con la democracia moderna para corregir uno de sus grandes vacíos: la separación entre política y comunidad.

Por eso la raíz mesoamericana no debe ser reducida a símbolo cultural. Tiene consecuencias económicas, políticas y sociales. En lo económico, propone soberanía alimentaria, cooperativas, bancos de semillas, producción local, cadenas de valor comunitarias, mercados regionales y transformación de productos en el propio territorio. Un pueblo que sólo vende materia prima queda atrapado en la dependencia; un pueblo que produce, transforma, distribuye y consume organizadamente recupera poder. La economía social no es un adorno, puede ser una herramienta para impedir que la riqueza se fugue.

En lo político, esta raíz exige reconocer a los pueblos originarios como sujetos de conocimiento y decisión, no como beneficiarios pasivos. Sus formas de organización, sus sistemas normativos, sus prácticas comunitarias y su defensa del territorio deben dialogar con el Estado en condiciones de dignidad. **No se trata de idealizar ni de congelar a los pueblos en una imagen romántica, sino de reconocer que poseen respuestas concretas ante problemas que la modernidad capitalista no ha sabido resolver, devastación ambiental, soledad social, desigualdad extrema, pérdida de sentido y ruptura del vínculo con la tierra.**

En lo social, la raíz mesoamericana ofrece una salida al individualismo neoliberal. La humanidad atraviesa una crisis de aislamiento, sociedades hiperconectadas pero solas, productivas pero agotadas, informadas pero desorientadas. Frente a esa enfermedad civilizatoria, el principio comunitario recuerda algo elemental, nadie se salva solo. El bienestar individual depende del agua compartida, del alimento común, del territorio sano, de la memoria colectiva, del cuidado mutuo y de instituciones que pongan la vida por encima de la ganancia.

México, entonces, no necesita elegir entre pasado y futuro. Necesita unir memoria e innovación. No se trata de rechazar toda tecnología, ni de cerrar fronteras, ni de negar los aportes científicos del mundo. Se trata de

dejar de confundir modernización con subordinación. Un desarrollo verdaderamente racional no puede medir su éxito sólo por crecimiento económico, exportaciones o inversión extranjera. Debe preguntarse si protege el agua, si regenera el suelo, si alimenta sanamente, si fortalece comunidades, si distribuye riqueza, si respeta culturas y si permite que las futuras generaciones vivan con dignidad.

Solución: Reconstruir el espejo.

Inducir la idea colonial estadounidense fue romper nuestro espejo y entregarnos un fragmento del suyo, haciéndonos creer que nuestra tarea era reflejarnos en él. Recuperar la historia de las culturas precolombinas y sus lenguas no es sólo estudiar el pasado, es reconstruir nuestro propio espejo, uno donde al mirarnos veamos al maíz, al frijol y a la calabaza trabajando juntos.

Es entender, por fin, que no estamos en una carrera de extracción contra el vecino, sino en una milpa cósmica donde nuestra realización individual está indisolublemente ligada a la armonía del colectivo. El futuro, si es que va a existir, se parecerá más a un astrónomo maya que baila con las estrellas que a un minero solitario que agota la tierra.

La gran tarea mexicana es reconstruir el espejo. Pero no para mirarse con soberbia, sino con claridad. México no es patio trasero, ni simple proveedor de recursos, ni copia incompleta de otro proyecto civilizatorio.

México es heredero de pueblos que supieron leer el cielo, domesticar el maíz, construir ciudades sobre lagos, organizar trabajo colectivo y sostener una relación sagrada con la tierra. Esa herencia no debe quedarse en museos, discursos patrióticos o festivales culturales. Debe convertirse en política pública, educación, economía social, soberanía alimentaria, restauración ecológica y democracia comunitaria.

La humanidad necesita un nuevo rumbo porque el modelo dominante ha demostrado sus límites. Un planeta tratado como mina termina agotado. Una sociedad tratada como mercado termina fragmentada. Una persona tratada como competidora permanente termina sola. **Frente a ello, los pueblos originarios de Mesoamérica pueden ser faro no porque tengan todas las respuestas, sino porque conservan preguntas esenciales que la modernidad olvidó, ¿cómo vivir sin destruir?,**

¿cómo producir sin despojar?, ¿cómo gobernar obedeciendo al bien común?, ¿cómo reconocer que la tierra no nos pertenece, sino que nosotros pertenecemos a ella?

El futuro no será digno si sigue fundado en la extracción sin límite.

**Será digno si aprende a parecerse más a la milpa, diverso,
cooperativo, arraigado y fértil.**

**México tiene en su memoria profunda una propuesta para sí mismo y
para el mundo.**

**La nueva independencia empieza cuando un pueblo deja de sentirse
inferior.**

**Y el nuevo desarrollo empieza cuando vuelve a poner la vida, la
comunidad y la tierra en el centro.**